

## REPRESENTACIÓN, RELATO Y EXPERIENCIA. La comunicación más allá de la seguridad.

Germán Rey

*germrey@hotmail.com*

Dirige el programa de estudios de Periodismo de la Universidad Javeriana y es profesor del Centro de Estudios de Periodismo de la Universidad de los Andes. Maestro Consejero de la Fundación de Nuevo Periodismo Iberoamericano. Forma parte de la Junta Directiva de la Fundación para la Libertad de Prensa y del Consejo Rector del Premio de Nuevo Periodismo (CEMEX-FNPI). Fue *ombudsman* del periódico El Tiempo. Autor de: “Desde las dos orillas” (1997), “Balsas y Medusas. Visibilidad comunicativa y narrativas políticas” (1999), “Los ejercicios del ver. Hegemonía audiovisual y ficción televisiva” escrito con Jesús Martín Barbero, “Las ciencias sociales en Colombia: discurso y razón” (2000) con Francisco Leal, “Oficio de equilibristas” (2003), “ El cuerpo del delito” (2005), “La fuga del mundo. Escritos sobre periodismo” (2007) y Coordinador de: “Los relatos periodísticos del crimen” (2007). Se encuentra escribiendo el libro “Diario de un defensor del lector”.

Las relaciones entre comunicación y seguridad se pueden percibir desde varios lugares: el de la representación, el del relato y el de la experiencia. Tres lugares que se intersectan, que se complementan entre sí, como parte de una búsqueda explicativa para una gran cantidad de acontecimientos que componen los miedos sociales y a la vez, las realidades de inseguridad que viven los ciudadanos en la calle, en los fortines en que han convertido sus espacios privados rodeados de medidas de vigilancia y control, en los planes gubernamentales para combatir la delincuencia o en las formas de comunicación que transitan de boca en boca o a través de periódicos y noticieros de televisión.

En “El cuerpo del delito”<sup>1</sup>, el tema fue la representación de la (in)seguridad. La metáfora del cuerpo ofrece diferentes caminos de interpretación. Porque el crimen se ensaña sobre los cuerpos, pero a la vez éstos construyen el significado del delito. Hay cuerpos secuestrados, asesinados, robados. Cuerpos anónimos tirados en las carreteras o cuerpos sin nombre y sin identidad, envueltos en bolsas negras de polietileno. Y en cada una de estas variaciones, el cuerpo se nos representa de manera variada, confirmando las múltiples expresiones de la crueldad, del sufrimiento o de la indefensión. El cuerpo, en estos casos, representa mucho más que una estructura orgánica, es un referente de los sentimientos, los afectos, la historia personal y la vida social. La psicología le ha dado al cuerpo una importancia fundamental en la formación del yo y de la identidad. En las exhumaciones de víctimas de los paramilitares en Colombia, sus familiares hablan de encontrar y darle cristiana sepultura a sus “huesitos”, un nombre con el que cariñosa y dolorosamente, intentan reestablecer su dignidad y a la vez, dejar constancia del despojo inflingido por sus victimarios. El cuerpo puede llevar las marcas de la diferencia, como sucede con los integrantes de las maras en Centroamérica, que se identifican por el uso de tatuajes para lograr efectos de visibilidad social dentro de una sociedad que los discrimina, para definir públicamente su pertenencia o generar temor.

Es muy interesante que la crónica de El Salvador que se presenta en este libro, hable de maras, de policías, de FMLN y de graffitis. Como lo dice uno de los pandilleros, generalmente se ha asociado a las maras con los graffitis, como si la escritura sobre su cuerpo se extrapolara a la escritura sobre los muros, o como si la clandestinidad de esta forma reprobada de expresión (“el que escribe en la muralla es un canalla”, aprendimos en el colegio), se conectara con la clandestinidad del delincuente, que al ser capturado por la autoridades, es

<sup>1</sup> Germán Rey, *El cuerpo del delito*, Bogotá: Centro de Competencia de Comunicación, Fundación Friedrich Ebert.

expuesto ante las cámaras de la televisión, con su exuberante y desenfadado lenguaje corporal. Las maras son cuerpo (expuesto, graficado, retador), los policías conforman un cuerpo (el cuerpo de policía), el FMLN es un cuerpo político que para algunos aún representa el peligro de su pasado guerrillero y los graffitis se dibujan sobre las paredes corporales de la ciudad.

Las representaciones de la (in)seguridad, son las construcciones simbólicas y referenciales del delito, de los victimarios y sus prácticas delincuenciales. Pero también de la “otra” sociedad, de las víctimas, de la autoridad y sus gestos. El mundo representacional del delito se refiere a acontecimientos y a personajes, a conflictos y a sucesos, como ocurre con la función representativa del lenguaje, todos ellos son substitutos y aproximaciones de la realidad. Son la manera de organizar un mundo para hacerlo inteligible. Uno de los instrumentos de la representación son los medios de comunicación, que tramitan comprensiones de los delitos y los hacen visibles cuando muchos de ellos suceden en el sigilo, el silencio y el anonimato. La sociedad conoce el delito sobre todo a través de los medios, que han generado secciones para ubicarlos, profesionales para contarlos e inclusive un género especial para narrarlos; muchos delitos quedarían relativamente ocultos en las comisarías, si los medios no cumplieran el papel de hacerlos conocer, de revelarlos. La revelación social del delito es una de las tareas de los medios, que lo consideran una pieza importante dentro de su agenda informativa, e imprescindible en la de los medios sensacionalistas.

Sin embargo, la ubicación del delito en el medio sensacionalista, que era bastante precisa hace unos años, se ha desplazado sobre todo hacia la televisión, ocupando los espacios de los noticieros.

Pero la representación mediática, como se observa en “El cuerpo del delito”, proporciona los encuadres del delito, es decir, los lugares, perspectivas y formas de su mirada, de su exploración. Y a través de los énfasis, las jerarquías, el proceso de selección y los matices subrayados, construye la versión del crimen y la inseguridad que se proporciona a los ciudadanos, en el noticiero de la noche o en el periódico de la mañana.

Las fuentes son uno de los mecanismos fundamentales para la construcción de la representación mediática de la seguridad. Porque la información es el resultado de la indagación del periodista y ésta de la recolección, verificación y contraste de las versiones de las fuentes. La representación mediática de la seguridad no es inocente. Obedece a unos trazos orientados por la naturaleza del medio, su historia de cobertura del tema, sus relaciones con las audiencias y sus vínculos con las autoridades y sus fuentes. La policía, es una de las fuentes más importantes de los periodistas de policiales o de justicia, como también lo son los jueces, las entidades carcelarias, las víctimas y por supuesto, los propios delincuentes. Todos ellos, y muchos más, participan en un complejo juego de

intereses, tienen sus propias comprensiones del delito y los delincuentes y entienden que los medios les permiten cumplir determinadas metas que pueden ser amedrentar, juzgar previamente, recibir la reprobación social o deslegitimar al otro. Informar es solamente una de las funciones que cumplen los medios cuando se refieren a los delitos.

La representación mediática es un mapa mental de la realidad, que ayuda además a construirla. Por eso la importancia —a veces desmedida— que se le da a los medios.

“Los relatos periodísticos del crimen”<sup>2</sup>, están atravesados por varias dimensiones. Una es la diferencia de las realidades del delito, y a la vez de sus homogeneidades. Las categorías policivas del delito pueden ser muy similares. Hay robos, asesinatos y violaciones en todas las sociedades, aunque su cantidad y sobre todo su conformación, pueden ser muy heterogéneas. También lo son las percepciones que las personas y las sociedades locales tienen del delito. Los relatos periodísticos poseen, entonces, unas marcas locales y unas estrategias narrativas, a la vez particulares y generales. En El Salvador son las maras, en México, el narcotráfico, en Chile la inseguridad ciudadana y en Colombia, los desastres de su conflicto armado. En todos aparecen los miedos urbanos, la impunidad, la inseguridad ciudadana.

Hay estrategias narrativas particulares: en Argentina, como lo describió Stella Martini, tanto Clarín como La Nación, “apuntan al impacto sobre la población, aunque con modos diferentes de titulación, aseguran conclusiones definitivas de encuestas (elevadas al rango de fuente inobjetable), y adjudican un alto grado de homogeneidad a la opinión pública en relación con los delitos y la seguridad. Los modos de titulación defieren e igualmente los contratos de lectura en cada uno de los diarios: si Clarín se sostiene en el horror del hecho relatado, La Nación lo hace con el escándalo ciudadano; por eso no precisa enfatizar sobre detalles escabrosos”<sup>3</sup>, en El Salvador “la descripción del ‘otro’, del joven que pertenece a las pandillas, conlleva la propuesta de un cierto tipo de estética asociada a la violencia”<sup>4</sup> y en México, Alberto Betancourt Posada, subraya varios tipos de

<sup>2</sup> Germán Rey (coordinador), *Los relatos periodísticos del crimen*, Bogotá: Centro de Competencia de Comunicación, Fundación Friedrich Ebert, 2007.

<sup>3</sup> Stella Martini, “Argentina. Prensa gráfica, delito y seguridad” En: *Los relatos periodísticos del crimen*, Germán Rey (coordinador), Bogotá: Centro de Competencia de Comunicación, Fundación Friedrich Ebert, 2007 página 37.

<sup>4</sup> Amparo Marroquín Parducci, “Indiferencias y espantos. Relatos de jóvenes y pandillas en la prensa escrita de Guatemala, El Salvador y Honduras”, En: *Los relatos periodísticos del crimen*, Germán Rey (coordinador), Bogotá: Centro de Competencia de Comunicación, Fundación Friedrich Ebert, 2007, página 69.

aserciones usadas por los medios, un primer tipo se refiere a “aquellas hechas por un narrador omnisciente que afirma categóricamente un hecho como si el hecho hablara por sí mismo” y un segundo tipo “utiliza como estrategia de veracidad la cita de una fuente cuya autoridad confiere credibilidad al relato”.<sup>5</sup>

Pero también hay estrategias narrativas que componen habitualmente el discurso y la narración mediática del crimen como el sensacionalismo, el uso de sustantivos que identifican al delito como algo irreversible o el manejo hiperbólico.

Las narrativas del delito son la segunda aproximación comunicativa a la (in)seguridad. Lo que se representa se cuenta. Aquí el asunto ya no es de agenda, ni de figuración, sino de estructura y forma del relato entendido como “la moneda corriente de una cultura” o “una dialéctica entre lo que se esperaba y lo que sucedió”.<sup>6</sup>

La narración tiene voces, presuposiciones, lugar desde donde se cuenta, actores, argumentos. El hecho se vuelve por lo menos suceso, sino historia. Lo representado se despliega en el tiempo y en el lenguaje, recurre a efectos retóricos para generar suspenso o credibilidad, sigue una trama a la que convergen los hilos del espacio en que suceden los hechos, los actores que intervienen o las intenciones, adjetiva y de esa manera califica o discrimina. En “Eso de los derechos humanos ¿de dónde los sacaron?”, de Marco Lara Klahr, el compaíto “tenía sus asignaciones, la de recorrer las agencias ministeriales y policiales para fotografiar a personas detenidas, que para él, por el hecho de estar ahí, eran todas culpables (y condenables). De ese modo, no aceptaba, digamos, confesiones de inocencia. Libreta en mano, preguntaba a cada detenido nombre, edad y causas de la detención; si alguna se negaba a revelar sus datos personales o haber cometido delito no había piedad”.<sup>7</sup>

Este estilo periodístico, contrasta con el que describe Bruno Paes Manso, en “Do bandido da luz vermelha ao massacre no Alemão”, que parte de la transformación del objeto de la cobertura policial, que manifiesta una sociedad en desequilibrio, “formada por grupos que conviven y que no conversan y no se entienden”. “Cubrir la violencia —insiste— no es simplemente describir un comportamiento desviado.

<sup>5</sup> Alberto Betancourt Posada, “Sicarios, periodistas y políticos: el inconsciente político en los relatos periodísticos sobre asesinatos ejemplares” En: Los relatos periodísticos del crimen”, Germán Rey (coordinador), Bogotá: Centro de Competencia de Comunicación, Fundación Friedrich Ebert, 2007, página 195.

<sup>6</sup> Jerome Bruner, La fabrica de historias. Derecho, literatura, vida, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2003, páginas 31 y 32,

<sup>7</sup> Marco Lara Klahr, “Eso de los derechos humanos, ¿de dónde lo sacaron?”, página 144.

Debe ayudar también a comprender el comportamiento de las masas. El crimen se transformó en una profesión, legitimada en determinados ambientes... Un periodista necesita comprender la complejidad de este escenario”.<sup>8</sup>

Relatar el delito es cerciorarse, investigar, confrontar las diversas versiones. Lo que reciben finalmente los lectores es una historia re-construida por el periodista a partir de la observación, los datos entregados por las fuentes y la elaboración de un guión no solamente plausible, sino verosímil. “¿Cómo garantizar —se pregunta— que esas personas no fueron inducidas por los traficantes a acusar a la policía?”. Es una pregunta relativa a la veracidad de los acontecimientos, que sin embargo, se encuentra con la contra pregunta de los habitantes de las favelas, que sufrieron en carne propia la represión policial: “Mas de mil policías invaden mi barrio. Mueren 19 personas. Lanzan una granada en mi casa. ¿Y yo ahora tengo que conseguir pruebas de que no estoy mintiendo?”.<sup>9</sup>

Gustavo Martín Garzo escribe que “contar es volver a vivir, pero poniéndose a salvo del desorden propio de la vida”. Lo que significa, por lo menos para el periodista, que su narración impone un orden mediante operaciones como la selección, la verificación, el contraste o el resaltamiento de todo aquello que inicialmente se presenta como confuso o inexplicable. La información sobre el delito y la inseguridad, es un buen ejemplo de este volver a contar y sobre todo de la cantidad de intervenciones que hace el periodista sobre los fragmentos, las ausencias y las certezas que va encontrando por el camino para poder estructurar un relato creíble.<sup>10</sup> La clave de la atracción que tienen los medios por el delito, posiblemente no está en sus circunstancias morales sino en su carácter imprevisible. Aunque sea metódicamente planeado, el delito salta los dispositivos de una sociedad como una sobrecarga de energía, los paneles de control. “Para que exista un relato hace falta que suceda algo ‘imprevisto’. De otro modo ‘No hay historia’. El relato es sumamente sensible a aquello que desafía nuestra comprensión de lo canónico. Es un instrumento no tanto para resolver los problemas cuanto para encontrarlos”.<sup>11</sup>

En varias crónicas se encuentran descripciones detalladas de las maneras de narrar, ya no de los medios sino de las experiencias, sea a través de radioteatros realizados por presos argentinos o de los programas elaborados por los vecinos de

<sup>8</sup> Bruno Paes Manso, “Do bandido da luz vermelha ao massacre no Alemão”, página 45.

<sup>9</sup> Bruno Paes Manso, “Do bandido da luz vermelha ao massacre no Alemão”, página 49.

<sup>10</sup> Citado por José Miguel Marinas en “Estrategias narrativas en la construcción de la identidad” Isegoría, Madrid, N° 11, abril de 1995, página 183.

<sup>11</sup> Jerome Bruner, opus cit, página 32.

La Legua, un asentamiento popular de Santiago. Son narraciones que se hacen a partir de experiencias, muy diferentes a aquellas que parten fundamentalmente de representaciones. En las primeras, los narradores, casi de manera autobiográfica, se refieren a su propia vida, mientras que en la segunda, los periodistas, escriben sobre las vidas de otros. “Miguel y sus amigos (se lee en el guión del radioteatro) suben a un auto y van a cargar combustible. Asaltan la estación de servicio. Se oyen sirenas y tiros. Quedan detenidos por la policía. Cada línea del guión está bien interpretada. Los cinco que leen improvisan comentarios, *inventan sonidos para dar verosimilitud a la situación. Saben de qué hablan. Le ponen garra*”.<sup>12</sup>

En la experiencia de La Garrapata, se “descubrió un plus nunca antes visto en La Legua. Los pobladores empezaron a escucharse, la gente tenía en frente la posibilidad de hacer radio, no había nada que se lo impidiera, y lo que es más importante, *podían dar rienda suelta a toda esa capacidad de crear que tienen los legüinos*”.<sup>13</sup>

En Machuca, un pueblo colombiano de 1.200 habitantes, “olvidado en los pliegues de la cordillera central de los Andes”, la guerrilla del ELN provoca una terrible tragedia al incendiar uno de los tubos de un oleoducto cercano. Murieron calcinadas 84 personas y quedaron heridas 12. Un año después, Maribel Agualimpia crea Machuca Digital Estéreo, una emisora de radio en que “sobran las voces. Si tuvieran un teléfono no pararía de sonar porque *a la gente de Machuca le encanta contar lo que hace*”.<sup>14</sup> Contar lo que hace y darle verosimilitud a los relatos, forma parte de estas narrativas populares en que la gente encuentra su propia voz y por tanto construye sus propias historias. “Machuca tiene una voz propia que sabe hablarle al corazón”, concluye en su crónica Patricia Nieto.

En Petare, un barrio populoso de Caracas, Jackson Gutiérrez, un joven peluquero, graba una película casera sobre el “azote del barrio”, es decir, sobre los actos vandálicos que atemorizan a la comunidad. “La película se terminó a finales de 2005 —se lee en la crónica del venezolano Héctor Bujanda— y se vendió por miles en los mercados informales de la piratería, convirtiéndose rápidamente en un objeto de culto para todos los públicos, incluso para jóvenes de clase media y de urbanizaciones alejadas de la realidad petareña. Descarada y pornoviolenta, al mejor estilo de las *snuff movie*, la película habla de la manera cómo niños y adolescentes, por falta de oportunidades y alternativas, terminan ingresando en el mundo de las bandas juveniles que trafican y roban en el barrio de Petare.

<sup>12</sup> María Eugenia Ludueña, “Privados de libertad pero no de ciudadanía”, página 31.

<sup>13</sup> Javiera Carmona J., “La Garrapata: una voz contra la discriminación”, página 74.

<sup>14</sup> Patricia Nieto, “Lava y canta al son de Machuca estéreo”, página 111.

Una realidad que parece un disco rayado a la vista de las crónicas televisivas y periodísticas sobre la delincuencia, que hacen hincapié sólo en las cifras de muertos y refuerza la idea de que en esos barrios sólo hay delincuentes y asesinos. *Pero jamás esa realidad había sido contada por sus propios protagonistas, por gente del propio barrio con cámara en mano, con sus códigos, sus formas de habla y sus perspectivas de vida en un entorno adverso*".<sup>15</sup>

En casi todas las experiencias recogidas, las narraciones tienen dos particularidades. O son relatos que provienen del periodista que obra como narrador, o son narraciones que construyen los protagonistas. Mientras que las narraciones mediáticas suelen ser relatos contados desde el periodista a través del mecanismo de la subjetificación (Bruner), en las experiencias, las narraciones surgen de la propia comunidad, de los actores sociales. Quizá esa sea una de las diferencias entre representación y experiencia. En la primera, hay una construcción formal (que en algunos géneros como la crónica se vuelve experiencial) y en la segunda, existe una implicación vital, una apropiación existencial de lo que se cuenta y de la forma como se hace. No es raro, entonces, que el periodismo se haya planteado, como uno de sus cambios necesarios, pasar del registro de sucesos a la narración de historias, que es como decir que se debe pasar de la representación a la experiencia, de lo formal a lo vivido. La crónica es uno de los géneros periodísticos que ha logrado más acertadamente esta modificación. Porque el centro de la crónica es el contar, que se hace desde el punto de vista personal del cronista, muchas veces como una inmersión y en casi todos los casos, con un compromiso a toda prueba.

Mientras que el dato busca ser inamovible, la narración puede desplegarse en versiones. La credibilidad del dato está en su estabilidad, en que siempre dice lo mismo, mientras que la credibilidad del relato está en su flexibilidad, en que puede ser contado muchas veces, por muchas personas e incluso de manera diferente. "Azote de barrio en Petare", la película del peluquero de Tazmania, "ya va por nueve entregas y no existe prácticamente ningún rincón del país, ningún puesto de películas 'quemadas', como se les llama a los productos piratas, que no venda algunas de sus ediciones".<sup>16</sup>

La experiencia, es la tercera forma de aproximación comunicativa al delito y la (in)seguridad. Si la representación modula la percepción formal de lo real y la narración cuenta lo sucedido, la experiencia revela la presencia de lo vivido. Tener experiencia, es a la vez, tener memoria de lo que se vivió y experimentarlo

<sup>15</sup> Héctor Bujanda, "Guerra de valores en Petare. Trabajar con esos muchachos que nadie quiere", página 119.

<sup>16</sup> Héctor Bujanda, "Guerra de valores en Petare. Trabajar con esos muchachos que nadie quiere", página 119.

directamente. Tener experiencia es involucrarse, formar parte, participar de recorridos históricos, personales o sociales. Si en la representación se verifica y en el relato se narra, en la experiencia se vive. Cuando en el lenguaje corriente decimos de una persona que “tiene mucha experiencia”, nos referimos a que ha vivido mucho, a que su conocimiento no es un simple registro formal o narrado, sino una ganancia vital, asumida directamente a partir de la propia historia. Las experiencias comunicativas de la seguridad, son generalmente procesos construidos por las comunidades, para responder a requerimientos sociales. Cuentan con la participación de los diferentes actores comunitarios y, a diferencia de la representación o de la narración, moviliza acciones, a través de programas y proyectos. Muestran otras posibilidades frente a la heterogeneidad de la inseguridad, movilizan la esperanza y ofrecen un mundo alterno y diferente a la ausencia de libertad de la cárcel o a la discriminación de la favela. En el caso específico de este texto, son experiencias comunicativas, es decir, que buscan establecer conexiones entre la seguridad y la producción social de sentidos, ya sea porque se refieren a maneras diferentes de revelar públicamente los temas de la seguridad o porque articulan la comunicación a situaciones de inseguridad. Algunas de ellas replantean el sentido de los medios de comunicación tal como ha sido construido por el mercado, para buscar que los medios expresen las voces y las demandas de grupos sociales marginados y empobrecidos. En esta categoría están los talleres de radio y expresión gráfica en prisiones de Buenos Aires, realizados por jóvenes estudiantes de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de La Plata, la radio, el canal de televisión, el infocentro y la biblioteca comunitaria del Centro cultural y de comunicaciones La Garrapata de La Legua en Santiago de Chile, la radio Machuca Digital Estéreo de Colombia y la experiencia de los grafitteros en San Salvador.

Otras son experiencias de observación y análisis público de los problemas de la seguridad, que se proponen incidir en una opinión pública más informada. Entre ellas están el Instituto de Defensa Legal del Perú y el Observatorio de seguridad ciudadana de Ecuador.

Una tercera clase de experiencias comunicativas relacionadas con la seguridad, tienen que ver con la crítica al papel de los medios de comunicación y la determinación de otras opciones para el oficio periodístico en la representación y narración del delito. Está el análisis de la cobertura informativa de la presencia de la policía en el Complejo do Alemão en Brasil y el proyecto Violencia y medios de México.

Finalmente, una cuarta modalidad de las experiencias, se refiere a las iniciativas comunitarias de control de la violencia en los barrios y el uso de estrategias simbólicas y comunicativas, como las brigadas de vigilancia comunitaria de El Alto en Bolivia o en la aldea Cerro Alto de Guatemala.

A pesar de sus diferencias, las experiencias tienen en común la participación social, la comprensión de la comunicación como un proceso, inclusive en aquellas que se fundamentan explícitamente en medios, la articulación con una seguridad entendida no como represión sino como prevención y además como un fenómeno multicausal, la importancia de recuperar la palabra de los otros invisibles y la generación de flujos de formación de opinión pública sobre el delito y la inseguridad.

Todas las experiencias parten de una realidad, que unas veces aparece como contexto y otras como causa del delito y la inseguridad. Se trata de sociedades en transformación, con centros urbanos que mudan hacia megaciudades, inmensas, caóticas, de administración inviable, con enormes espacios sin ley. Cecilia Lanza se refiere a El Alto en Bolivia, como el “inmenso bolsón de los desdichados”, en que el 70% de sus habitantes —indígenas, campesinos y exmineros— viven por debajo de la línea de pobreza y Héctor Bufanda describe a Petare, como una congregación de 483 barrios, con cerca de un millón de habitantes pobres.

La pobreza se focaliza en territorios señalados como peligrosos y calientes y sus pobladores como delincuentes. Como escribe Stella Martini, el peligro suele concentrarse en los jóvenes, pobres y villeros. Gerardo Ouisse, un sacerdote católico que trabaja en La Legua, dice que “lo que ha sucedido es una legalización de la discriminación”.<sup>17</sup> “No es posible que humillen así a las personas pobres —anota Doris Zamora— que después de todo un día de duro trabajo en la construcción, vendiendo frutas y verduras en la feria, en el comercio ambulante, en el servicio doméstico o dando clases en una escuela pública, se encuentren con que al llegar a su casa tienen que someterse al maltrato policial sólo porque viven en un lugar que se ha convertido en el punto negro de Santiago”.<sup>18</sup>

Los barrios que asoman en estas crónicas son “micromundos complejos” y no meramente zonas de inseguridad, que coinciden con los trazos de las cartografías policiales.

Junto a la impunidad crece la percepción de la autoridad como enemiga y la defensa de los intereses por propia mano. “Matar pasó con el tiempo a ser visto como una manera de resolver los problemas y no como un problema en sí”<sup>19</sup>, la relación entre represión y crimen hace que barrios enteros como La Legua se vean como encrucijadas del miedo, “entre las balas de las bandas de narcotráfico y el actuar violento de las fuerzas policiales”.<sup>20</sup> La operación policial en el Complejo do

<sup>17</sup> Javiera Carmona J., “La Garrapata: una voz contra la discriminación”, página 70.

<sup>18</sup> Javiera Carmona J., “La Garrapata: una voz contra la discriminación”, página 62.

<sup>19</sup> Bruno Paes Manso, “Do bandido da luz vermelha ao massacre no Alemão”, página 45.

<sup>20</sup> Javiera Carmona J., “La garrapata: una voz contra la discriminación”, página 63.

Alemao fluctúa entre los abusos de las autoridades y el aplauso de ciudadanos que ven resguardada de este modo su seguridad; pero en el fondo, como señala Bruno Paes Manso, se asienta una visión del Estado que humilla y que mata inocentes.<sup>21</sup>

Las crónicas revelan otros dos rasgos: la importancia de los jóvenes (En El Alto, Bolivia, más de la mitad de la población tiene menos de 20 años) y el significado de su consumo cultural, que es una especie de trazo simbólico de una vida despojada de futuro. Como dice uno de los entrevistados, “el joven aymara llega del campo y se topa con El Alto, explotado de discotecas, y entonces dice: ‘soy moderno, visto moderno y me peino moderno’”.<sup>22</sup> Shark, dice un joven salvadoreño, “se vestía como los negros en los Estados Unidos, bien flojo como rapero y todos le tenían miedo. Yo lo admiraba y me vestía flojo como él. Después, empecé a ver sus dibujos y me empezó a gustar, me puse Sparck”.<sup>23</sup> La progresión simbólica es realmente impresionante: ropa floja, rap, miedo, dibujos y nombre. De Shark a Sparck. Identidades que se configuran sobre la escena de la discriminación y la pobreza.

En estos escenarios de pobreza y arraigos, las experiencias comunicativas contrastan duramente las prácticas estatales de la seguridad, con las prácticas colectivas de sentido.

En Uruguay, junto a la emergencia social y el combate al tráfico de pasta de coca, está la promoción de la participación de los jóvenes a través de actividades culturales, las mesas de convivencia y la afirmación de la seguridad ciudadana. En Chile, se balancea la opinión entre quienes piensan que el problema de la seguridad es fundamentalmente una responsabilidad del Estado y aquellos que creen que es un problema muy complejo, que sólo puede contenerlo una estrategia de múltiples dimensiones. En Bolivia, se contraponen la creencia de que la seguridad privada es cosa de “gente con plata” y las brigadas de vecinos que le dan un gran peso simbólico a su labor, ya sea por su comprensión de la justicia comunitaria o por las señales que utilizan para advertir a los delincuentes, una de ellas, los muñecos guardianes, que llevan sobre sus figuras de trapo, el mensaje de que el “ladrón que sea atrapado será linchado”. “Los muñecos —dice— son siempre una señal de advertencia porque te dicen que en ese barrio los vecinos están organizados”.<sup>24</sup>

En Perú, hay la sensación latente de que cada día la violencia urbana se expande, “haciendo que ésta forme parte del paisaje cotidiano” y en Colombia,

<sup>21</sup> Bruno Paes Manso, “Do bandido da luz vermelha ao massacre no Alemao”, página 47 - 48.

<sup>22</sup> Cecilia Lanza, “Muñecos de trapo”, página 83.

<sup>23</sup> Rosarlín Hernández, “Por el graffiti hablo, por el graffiti cuento”, página 131.

<sup>24</sup> Cecilia Lanza, “Muñecos de trapo”, página 87.

el miedo se presenta con sus connotaciones de expulsión, desplazamiento y exilio interno. “Después de la tragedia mucha gente se fue del pueblo a ver si le pasaba el miedo, si se le olvidaba cómo era el infierno”.<sup>25</sup>

En Venezuela, se ha incrementado la violencia y la inseguridad. “Hay una invisibilización del problema —escribe Ana María Sanjuán— que no tiene posibilidades de resolverse a corto plazo. La narrativa que tiene el gobierno del problema es que todos los jóvenes pobres son buenos y los pervierte el narcotráfico, que es lo mismo que el imperialismo”.<sup>26</sup>

En Guatemala, se constata la imposibilidad del Estado de prestar la seguridad a los ciudadanos. Por eso los vecinos se organizan dando lugar a estrategias privadas —y también peligrosas— de control policivo.

Pero son las prácticas de sentido, la construcción social de las experiencias comunicativas, las que llevan el mayor protagonismo en las crónicas recopiladas.

Son, en primer lugar, experiencias de participación que delinean sujetos, protagonistas. Descubren, poco a poco, que tienen voz propia, que pueden hablar con otros en un plano simétrico y que aquello que hablan les compete sinceramente como comunidad. “Con la radio empezamos a crear nuestros propios medios de comunicación, —dice Doris Zamora, líder de La Garrapata— medios que fueran un aporte para nosotros, que nos identificaran como personas y pobladores, que nos mostraran cómo somos y nos ayudaran a acercarnos entre nosotros”.<sup>27</sup> La comunicación genera identidad, sentido de nosotros y oportunidad de encuentro.

Pero quienes participan de estas experiencias de comunicación, le confieren otras significaciones a un entorno que desde afuera se califica como peligroso. “La experiencia cotidiana de La Legua se observa en los contenidos y las formas de hacer radio, en la estética de la conversación radial propia de la comunidad. Con La Ventana los propios vecinos intentan dar un nuevo significado a su entorno, un sentido más bien crítico para una zona descrita por la delincuencia”.<sup>28</sup>

La experiencia de La Garrapata es posiblemente la que revela de manera más contundente la importancia de la comunicación, en una comunidad que ha recibido la carga pesada de la discriminación. Situada a 5.572,7 metros de la Plaza de Armas de Santiago de Chile, La Legua es un denso poblamiento pobre que se inició en 1931 y que en la actualidad tiene cerca de 15.000 habitantes. Mientras muchos lo reconocen como un barrio de narcotraficantes y delincuentes,

<sup>25</sup> Patricia Nieto, “Lava y canta al son de machuca estéreo” página 108.

<sup>26</sup> Héctor Bufanda, “Guerra de valores en Petare. Trabajar con esos muchachos que nadie quiere”, página 120.

<sup>27</sup> Javiera Carmona J., “La Garrapata: una voz contra la discriminación”, página 72.

<sup>28</sup> Javiera Carmona J., “La Garrapata: una voz contra la discriminación”, página 74.

otros lo recuerdan como un lugar de represión y resistencia a la dictadura de Augusto Pinochet y uno de los sitios con más organizaciones sociales del país. La Garrapata es una experiencia comunicativa en La Legua, compuesta por radio, televisión, infocentro y biblioteca comunitaria. En la calle se evalúa el impacto de la emisora de radio y la gente es a la vez, audiencia y productora, uniendo la recepción con la creación. En esta síntesis cultural, en esta “estética de la conversación radial”, se afirma la vecindad, se articula la comunidad.

En la televisión, junto a las películas y documentales latinoamericanos, que rompen los esquemas de la circulación impuestos por las grandes cadenas televisivas, están los programas-sofá (de conversación), los dibujos animados alternativos y un sábado de cada mes, a la medianoche, la transmisión de películas triple X. La propia comunidad tiene una visión enriquecida de la pornografía, que no es un simple objeto deleznable, sino una oportunidad de reestablecer las relaciones, de vivir la sexualidad sometida a las rutinas de la monotonía. Las mujeres agradecen esa programación, porque les permite tener a sus maridos en casa, “al menos una noche”.

D.H. Lawrence escribe en “Pornografía y obscenidad”, que “sólo la costumbre masiva de condenar cualquier clase de sexo es lo suficientemente fuerte para que no lo admitamos como una cosa natural. Desde luego, existen muchas personas que sienten aversión por las más sencillas y naturales sensaciones de origen sexual. Más se trata de pervertidos, gente que ha llegado a aborrecer a sus semejantes: frustrados, desengañados e insatisfechos, los cuales, desgraciadamente, abundan en nuestra civilización. Y casi siempre disfrutan de alguna forma complicada y antinatural de excitación sexual, en secreto”.<sup>29</sup> Y más adelante escribe que, “No hay nada malo en los apetitos sexuales en sí mismos, con tal que no sean furtivos ni disimulados, sino directos. El buen estímulo sexual es de gran valor para la vida cotidiana del hombre. Sin él, el mundo sería gris. Recomendaría a todo el mundo que leyera los alegres relatos del Renacimiento, con cuya ayuda se erradicaría una gran cantidad de vanidad gris, que es la enfermedad de nuestra civilización moderna”.<sup>30</sup>

El infocentro, por su parte, es un cohesionador de la comunidad, facilita que los vecinos se junten y que busquen la información que necesitan a través de internet.

Las experiencias comunicativas son también experiencias-gesto, instrucciones de uso, muy similares a la lectura -gesto que Bernard Lahire resalta en las clases

<sup>29</sup> D.H. Lawrence, Pornografía y Obscenidad, En: Camp de l’arpa, Barcelona, N° 64, Junio de 1979, página 8.

<sup>30</sup> D.H. Lawrence, Pornografía y Obscenidad, En: Camp de l’arpa, Barcelona, N° 64, Junio de 1979, página 8.

populares francesas y que no son textos para la interpretación, sino para la acción. Buscan llegarle a la gente mediante mensajes prácticos, de utilidad.

Manifiestar la opinión es una necesidad real de quienes son invisibles o que, por el contrario, se tornan visibles a través de los estereotipos. “La mayor parte de los chavos cree que para ser importantes deben pertenecer a una pandilla, en cambio con una lata de *spray* en la mano pensás en otras cosas, sentís que tu opinión cuenta y que sos parte de una cultura”.<sup>31</sup> Si en el relato periodístico se cuenta, en la experiencia lo que se busca es *contar*, ser tenido en cuenta. También se tiene el propósito de profesionalizar a los periodistas, como lo hace el proyecto de Violencia y medios de comunicación en México, para que se nutra el debate sobre la democracia y el papel social de los medios en el tratamiento de la seguridad, la justicia penal y la violencia. La experiencia es la que garantiza —mucho más que la representación o la narración— que la gente forme parte de la sociedad y se sienta integrada con una cultura. Por donde se miren las experiencias comunicativas se entrelazan con las prácticas culturales: gaffitis y hip hop, rap y muñecos de trapo forman un mundo simbólico llenos de sentidos frente a los cuales los rituales policiales aparecen invasivos y extraños. Lo que crece en los márgenes, para usar el significado que le da a la cultura Michel de Certeau, no es lo “marginalizado” o lo que ven como marginal las autoridades, sino, por el contrario, el propio centro explicativo de los comportamientos y las actitudes de aquellos que son calificados a priori como delincuentes.

La gente entiende estas experiencias de comunicación como prácticas culturales y a sus animadores, como gestores culturales.

## Las voces propias

Plural y a la vez contradictorio se nos revela el paisaje de América Latina. Ciudades que crecen hasta la desmesura, oleadas de emigrantes que se mueven por los países del continente o que viajan conformando grandes diásporas hacia el Norte rico, cinturones de pobreza que presionan sobre los centros urbanos alimentados en buena medida por pobres venidos del campo, democracias en turbulencia que oscilan entre la participación y el autoritarismo, todos son signos de una región convulsa. Como también lo son la diversidad de sus expresiones culturales, el profundo tejido de experiencias comunitarias, el crecimiento de liderazgos que le hacen frente a la pobreza y las desigualdades y la enorme creatividad de sus gentes.

<sup>31</sup> Rosarlín Hernández, “Por el graffiti hablo, por el graffiti cuento”, página 132.

Los miedos y la inseguridad, forman parte de una agenda política y social que sobresalta a ciudadanos y a gobernantes, hasta el punto que no hay programa electoral que no se proponga el combate a la delincuencia, ni ira pública que no tenga que ver con el asalto a los indefensos o con la mítica de zonas de la ciudad a las que no pueden entrar ni las autoridades y que se ciernen como un peligro constante, sobre la ciudadanía atemorizada. De un lado a otro del continente, se oyen propuestas de los gobiernos que acuden a la figura de la dureza —Mano Dura, Super mano dura— para acorralar a los bandidos que se toman las calles, para anunciar transformaciones a fondo de las policías o para aumentar las penas por delitos como la violación o el secuestro.

Entretanto, la comunicación gana relevancia como actor en este panorama abigarrado y por momentos confuso. Las discusiones crecen alrededor del papel que los medios de comunicación pueden tener en el eco público de las violencias, en la visibilidad de los delincuentes o en la expansión del clima de amedrentamiento. Algunas encuestas de victimización revelan que los ciudadanos perciben a los medios como estímulo de la violencia y se generaliza la queja sobre la incidencia que pueden tener en el clima de zozobra e intranquilidad.

Las experiencias comunicativas, mucho menos visibles, pero más intensas que los medios de comunicación, muestran caminos para proponer nuevas relaciones entre comunicación y seguridad. Porque de manera más subterránea, estas experiencias están arraigadas en procesos locales y respaldadas por la participación de la gente que las siente mucho más cercanas y vitales, que las representaciones y narraciones mediáticas. Son el resultado de la organización de la comunidad y de la pasión persistente de líderes que se desviven por recuperar la palabra de los vecinos, sus oportunidades de encuentro y de creación. Obedecen a procesos de larga duración, a una temporalidad mucho más dilatada y menos episódica que la de los medios, tan dominados por la inmediatez y lo coyuntural. Menos afanados por la representación, insisten en la fuerza vital de un compromiso que les hace actuar con persistencia, incluso allí donde sólo hay tragedia o discriminación. “Machuca tiene una voz propia que sabe hablarle al corazón”. Por eso, sus relatos, no son montajes, sino la expresión de esta vitalidad, que nace tanto de los desconocimientos como de la afirmación de la identidad.

Una parte de lo que se puede hacer en América Latina para construir otros enfoques de la seguridad, más democráticos y socialmente eficientes, sin duda, tiene que ver con la transformación de los regímenes de representación y las estrategias narrativas, que utilizan los medios de comunicación. Pero en este tejido de experiencias comunicativas y sociales, en estos esfuerzos por producir sentidos desde otros lugares y de otras maneras, quizás estén las mayores oportunidades de esperanza y las mejores respuestas a los problemas de la seguridad.